

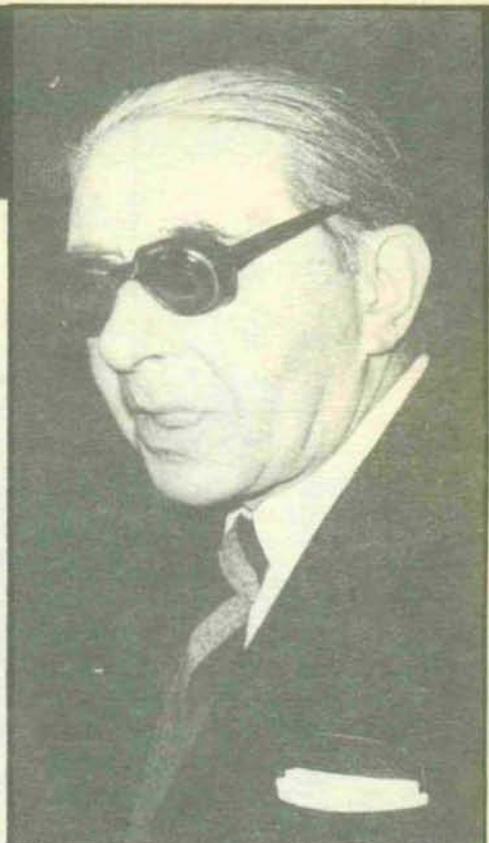
El porvenir de la



Francisco de Goya. Autorretrato (Real Academia de San Fernando, Madrid).

Literatura

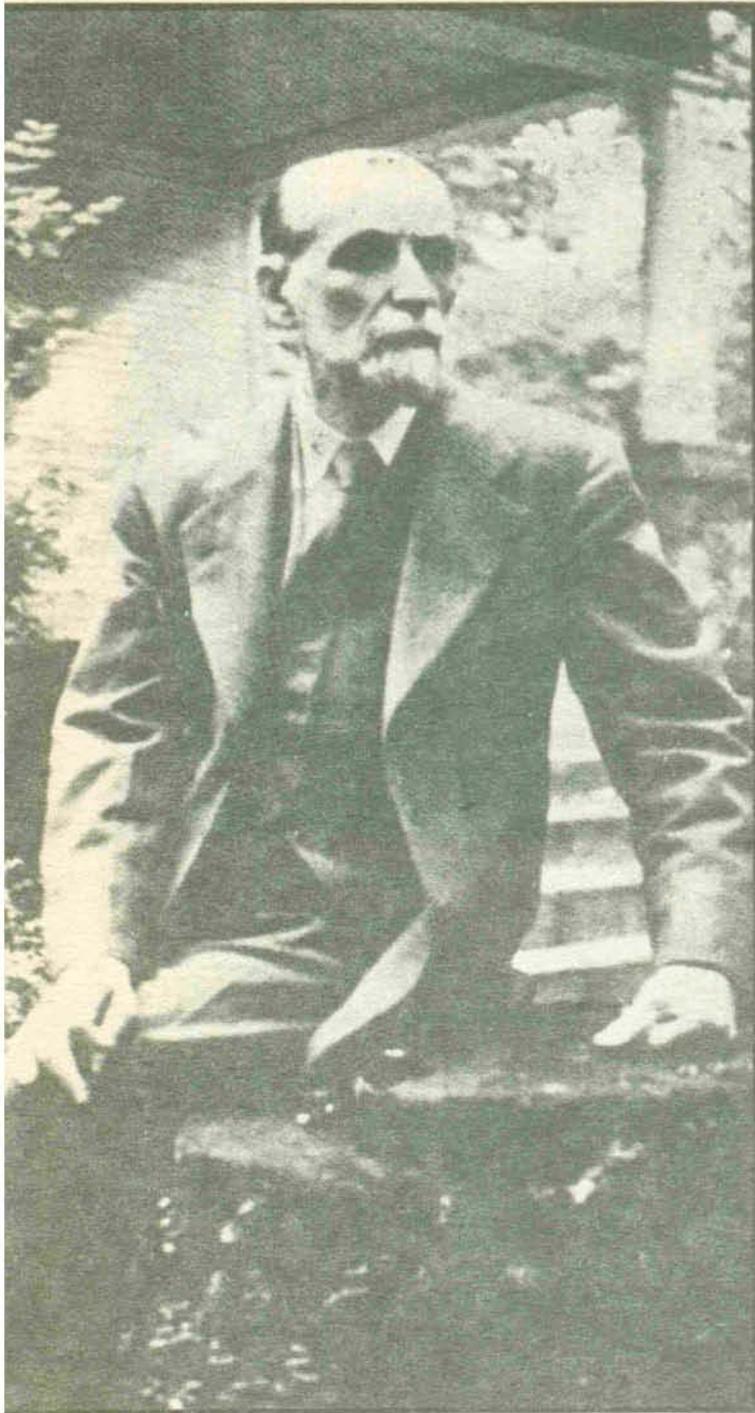
Amí no me hace mucha gracia el ejercicio, ni siquiera solemne, de la profecía, para el cual se requieren ciertas dotes de inspiración divina que estoy muy lejos de haber recibido gracias a Dios; porque, ¿habrá algo más espeluznante que saber de antemano lo que va a suceder? El desenvolvimiento normal de las religiones requiere de estos vaticinios; el de la literatura, por lo que se ve, ha podido gobernarse bien sin ellos, al menos hasta ahora, y cuando alguien explicó satisfactoriamente el futuro de una época, partiendo de sus propios supuestos, lo hizo como historiador, no como profeta. Uno podría desarrollar aquí, eso sí, un programa de deseos, de buenos deseos, o de temores, pero sin la menor garantía de que fuesen a cumplirse, ni siquiera de que alguien los tuviese en cuenta. Si uno examina sin prejuicios la marcha entera de las artes y de las letras advierte sin gran esfuerzo, aunque quizá con sorpresa, la enorme participación del azar en el proceso, y aun en caso de que admitamos la existencia y la vigencia de algunas causas y de ciertos efectos, no está claro que el sistema resultante admita la predicción. Para mis entendederas la manifestación más evidente de ese azar consiste ni más ni menos que en la aparición, imprevisible en el lugar y en la época, de un grupo de hombres capaces de llevar a cabo una tarea creadora, y su reparto no creo que se realice con arreglo a principios accesibles a la ciencia: pues no sería azar en ese caso. Es cierto que las circunstancias favorecen o dificultan la buena marcha de las cosas, pero ni aun en las condiciones óptimas el genio surge necesariamente. Nuestro siglo XVIII fue un período en principio favorable al desarrollo de la literatura, y precisamente de la literatura crítica, al modo inglés o francés. Se daban unas circunstancias pintiparadas. Sin embargo, no apareció en él un solo novelista, y nuestra literatura narrativa registra entonces un vacío de cien años. Se pueden buscar al hecho todas las explicaciones que se quieran, pero yo no veo más que una, indiscutible: que durante ese siglo no nació nadie con talento de narrador, como tampoco nació nadie dotado de lenguaje lírico excepcional. Fue un caso de mala suerte. Alguna vez me entretuve en conjeturar lo que hubiera sido nuestra novela si Goya, en vez de salir pintor, hubiera salido novelista. Que pudo ser: Goya es un azar inexplicable en su talento al que dio por pintar como hubiera podido darle por escribir. Y puestos ya en el camino de



**Gonzalo
Torrente
Ballester**

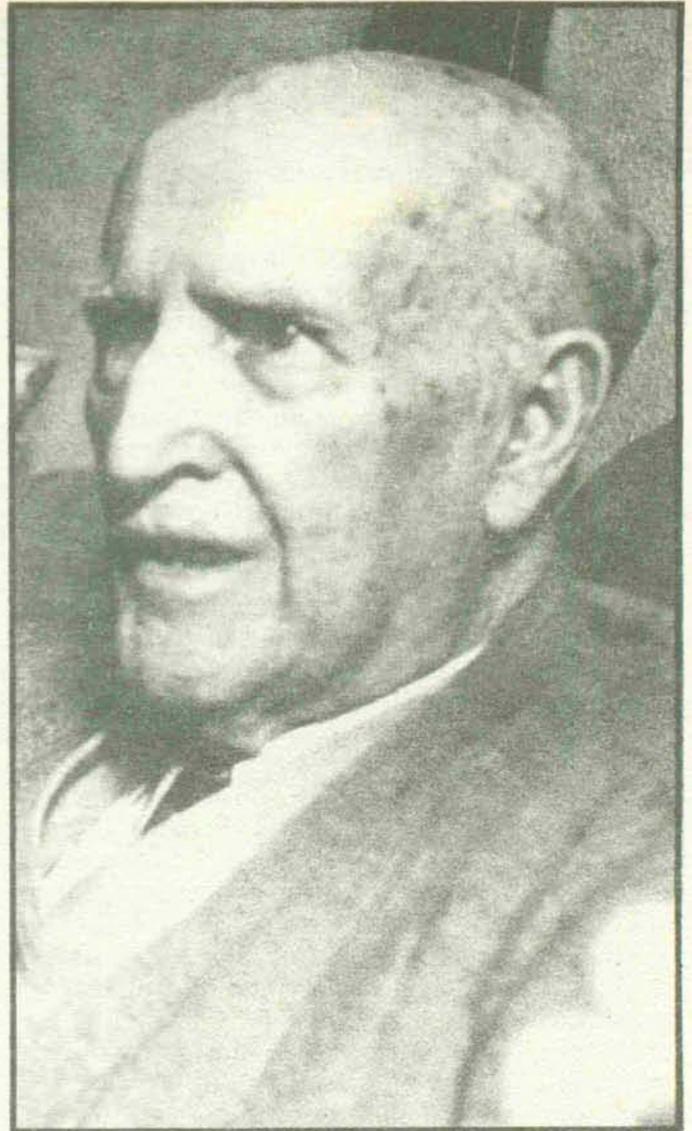
las hipótesis imposibles, ¿cómo habría sido nuestra literatura del siglo XX de haber tenido a Picasso como cabeza y guía? Aunque quizá, dada nuestra condición, ni Goya ni Picasso nos habrían levantado gran cosa por encima de la mediocridad: sus herencias han sabido recogerlas fuera de aquí, y es algo en lo que conviene meditar, pues, como ha sucedido lo mismo con la herencia de Cervantes, es de temer que, por su propia naturaleza, nuestra literatura no necesite para nada de los genios, y cuando sobrevienen, inesperado huracán, les aconseja el destierro: nuestra cultura se basta a sí misma, aunque este modo de «bastarse a sí misma» consista precisamente en asimilar lo que le viene de fuera y en caminar a la zaga del mundo. Con algunas excepciones, por supuesto.

Nos encontramos en un momento difícil, no aquí, en todas partes, pero aquí se nota más. Por un lado nuestra sociedad vive bastante ajena a los problemas culturales en general y a los literarios en particular. Le gusta presumir de que Juan Ramón Jiménez y Vicente Aleixandre sean premios Nobel, pero no se sabe de nadie que se haya esforzado para que estos poetas pudieran llevar a cabo su labor sin grandes dificultades. Es cierto que el Estado amaga un sistema de ayudas, pero esto no es suficien-



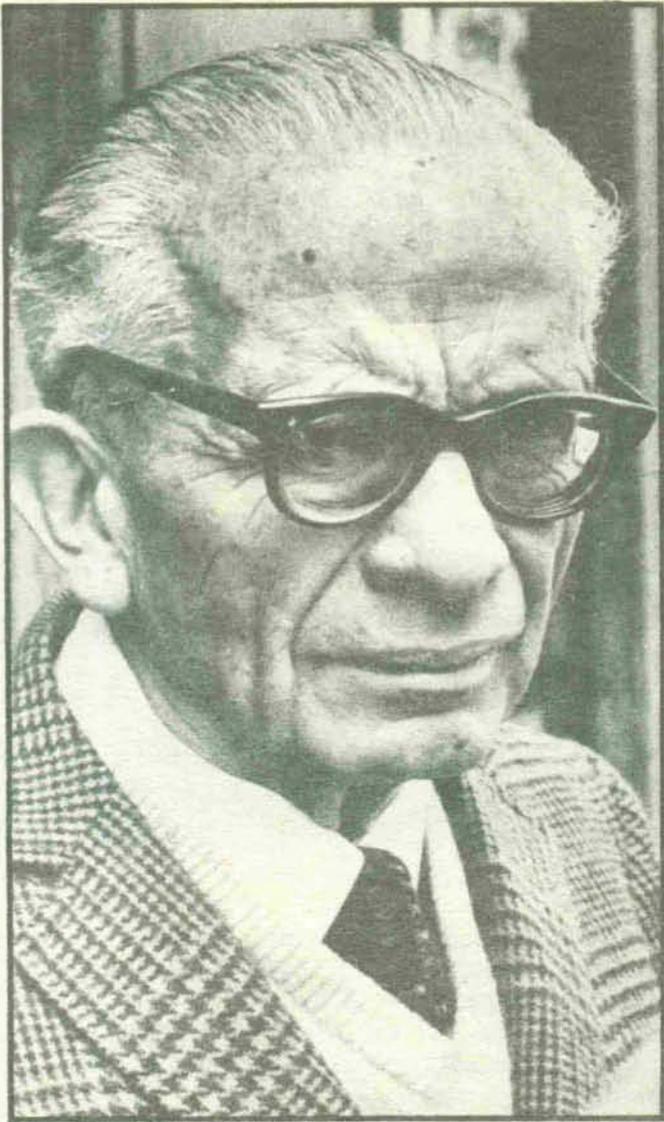
Juan Ramón Jiménez. Premio Nóbel de Literatura 1956. (Moguer, 1881-San Juan de Puerto Rico, 1958).

te, ni siquiera indispensable: el Estado trata de suplir la indiferencia de la sociedad, lo cual puede favorecer el crecimiento de una cultura artificial, sin vínculos con los hombres que asisten a su nacimiento. La sociedad se expresa en formas de cultura y se nutre de ella, pero lo que expresa a nuestra sociedad, así como lo que la nutre, no es precisamente la literatura: por muy tópico que sea conviene recordar aquí el favor que merecen algunos deportes. El primero de nuestros deseos sería el de una extensión suficiente de la educación humanística que llevase a la sociedad española a leer más; pero esto, dicho así, tampoco aclara demasiado la



Vicente Aleixandre. Premio Nóbel de Literatura 1977.

situación, ya que no pasa de anhelo sin base. Para que exista un consumo de las artes tiene que existir primero una necesidad de las artes, quiero decir, una sociedad y unos individuos que no pueden pasarse sin ellas, y esto no sólo resulta de una educación específica, sino de una forma específica del alma, digámoslo así, originada en aquella educación. Ahora bien: aunque nadie aquí proclame la peligrosidad de la afición a la poesía, sí se proclama el riesgo de que disminuya el consumo de ciertos productos no culturales, y, como las industrias de cultura constituyen una parte escasamente considerable y determinante en las economías nacionales, se convence a la gente de que no puede ni debe pasarse sin automóvil, casi se le propone como obligación moral, pero nadie se preocupa de propagar la misma necesidad para la poesía. Quiero decir con esto que se educa a la gente para que se sienta feliz poseyendo automóviles, y no libros. Nadie dice que sean incompatibles, es verdad, pero las circunstancias favorecen al artefacto, mucho más lúcido que el tomo.



Max Aub (1903-1972).

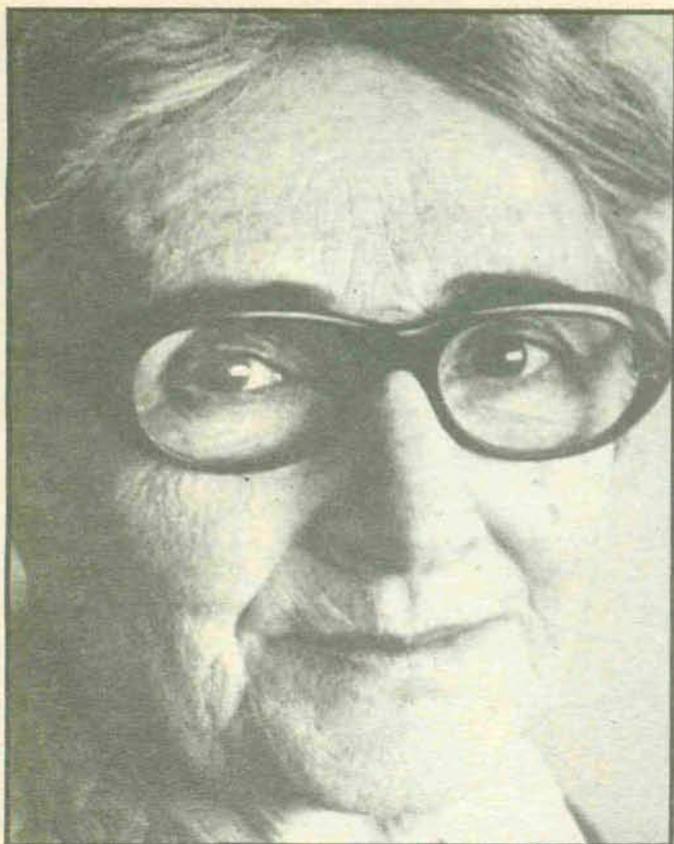
Ciertos autores han llegado incluso a restaurar como hipótesis futura la vieja idea de que el libro puede ser peligroso, y a montar sobre esta afirmación (que acaso no pase aún de temor) fábulas conocidas. Y yo soy de los que andan con tales temores. Yo soy de los que piensan en la necesidad del libro para alcanzar un conocimiento suficiente de la realidad (no sólo vivir en ella, no sólo utilizarla). Como creo que eso que llamé antes, por llamarle de algún modo, «forma de alma» se consigue también con la colaboración del libro, cuyas posibilidades de manejo individual, solitario y silencioso le hacen insustituible, pero también «sospechoso», por cuanto coadyuva a la formación «singular» de las almas, y no a las almas cortadas por el mismo patrón, que son las que se apetecen, quizá las que exige la marcha de nuestra civilización, a la que toda política sirve, aunque a veces parezca que lo hace con renglones torcidos.

Nadie me ha convencido todavía de que los hombres, los de hoy o los de pasado mañana, puedan prescindir por entero de ciertos pro-

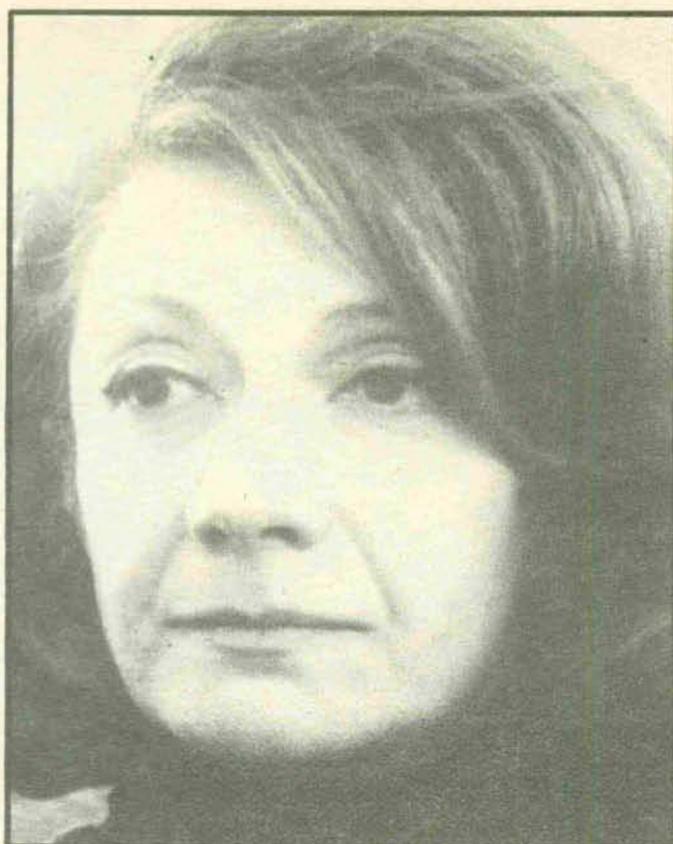


Ramón J. Sender (1901-1982).

ductos que, si no son literatura, tienen con ella una relación profunda. Por ejemplo, la gente sigue requiriendo su dosis narrativa, quizá hoy más que en otros tiempos, pues la incomodidad de nuestro sistema de vida empuja a huir de uno mismo. El cine apareció oportunamente, apareció en el momento preciso, y hoy le sustituye, con desventaja para el arte, pero con mucha mayor eficacia, la televisión: de ella obtienen hoy las sociedades su ración diaria de ensueños, que se caracterizan por la facilidad de entendimiento y asimilación, y porque el sistema de ideas y de sentimientos en que se fundan son comunes a casi todos los hombres, aunque no por lo profundo, sino por lo superficial. Pa-



Rosa Chacel.

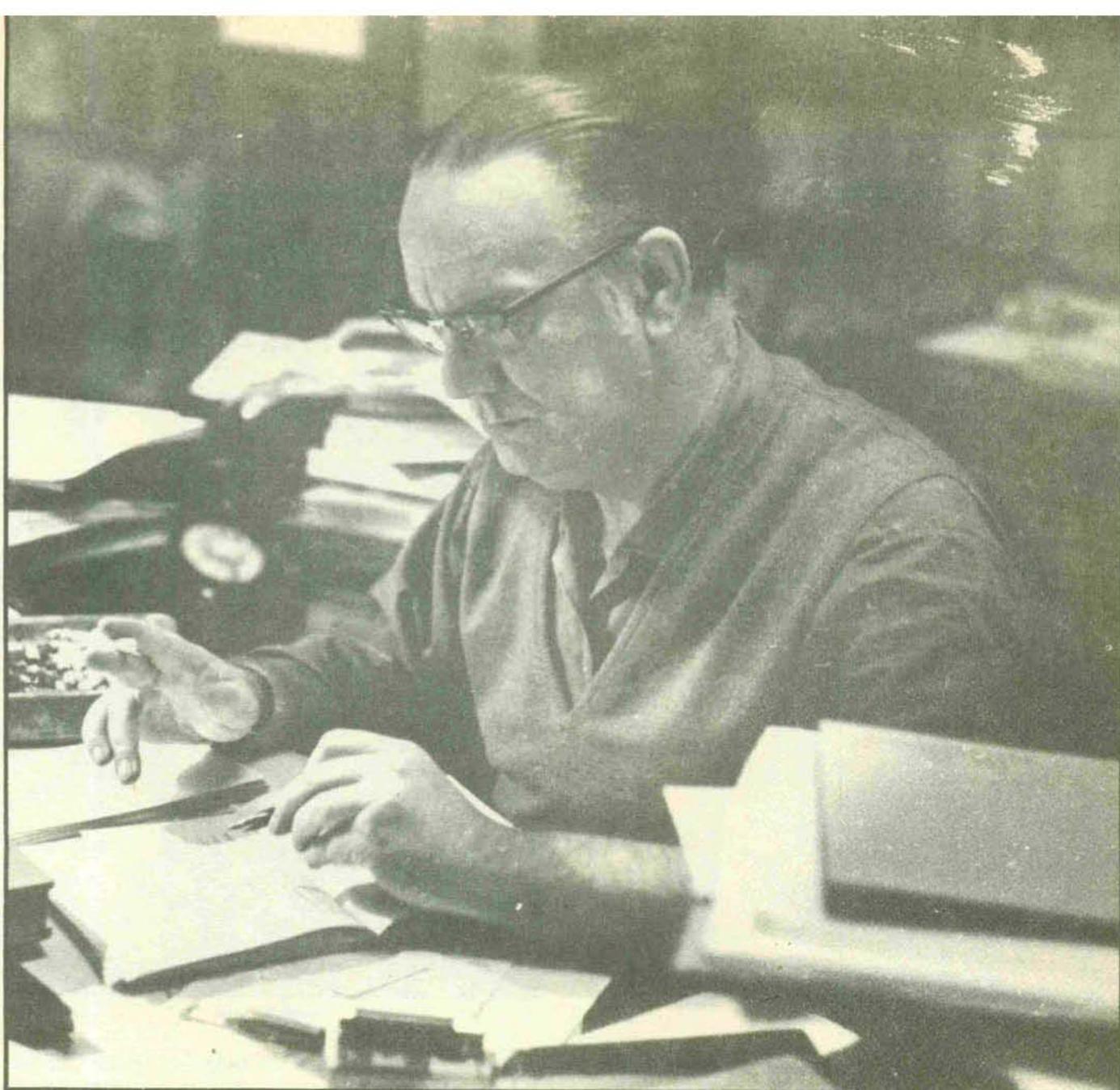


Ana María Matute.

ra llegar absolutamente a todos, la televisión necesita *trivializar* los materiales en medida mucho mayor que el cine, puesto que se dirige a un auditorio más heterogéneo. Por la historia sabemos que el cine, mera técnica de entretenimiento en un principio, aspiró a convertirse en el arte de la imagen, y probablemente lo hubiera conseguido de no haberse interpuesto la palabra; pero cuando el bache se superó también el cine hablado intentó convertirse en arte, y no cabe duda de que, de vez en cuando, aparecen productos merecedores de la más alta consideración de la literatura, tampoco aspiró a sustituirla. Por lo que llevamos visto podemos afirmar que el cine logró proporcionarnos excelentes versiones de Shakespeare, mediocres adaptaciones de la Iliada, triviales episodios de mero entretenimiento, y esto es fácil de entender, porque todo el texto de Shakespeare puede ser incorporado, pero no el de la Iliada. El conflicto reside, pues, en el texto, es decir, en lo específicamente literario. El cine reclama, con razón, el derecho a realizar poesía con sus propios medios, y con cierta frecuencia lo consigue, pero los resultados alcanzan a minorías más o menos similares a las que consumen literatura, cuando no coinciden. Yo no creo que el cine llegue a ser nunca un rival de la literatura, no creo que llegue nunca a eliminarla: porque los medios son distintos, y porque los lenguajes responden a diversas apetencias. Creo también que la *carestía* del cine y la necesidad del *trabajo en equipo* exigida por su naturaleza son

tantos a favor de la literatura, que todavía permite la existencia del autor individual; que, más que permitirlo, lo exige. Pero esto no garantiza nada: los que hemos alcanzado *cierta edad* hemos sido testigos de la desaparición paulatina e inexorable del *teatro como texto*, aunque quizá sea más exacto decir *del texto teatral*, al que sobreviven sólo los ingredientes espectaculares. Echar la culpa al cine es un modo fácil y equivocado de explicar el fenómeno. El cine ha sido sólo un factor entre otros. Pues del mismo modo puede desaparecer, o eclipsarse, el texto literario impreso, y de hecho desaparecerá a partir del momento en que deje de ser una necesidad para un número suficiente de individuos. Hoy observamos ya, al menos aquí, en España, cómo se reducen los lectores de poesía lírica: lo vemos ante todo en las cifras de las ediciones. ¿Porque su calidad ha disminuido? De ninguna manera: porque la poesía y los lectores divergen a partir de cierto momento y van cada uno por su lado. (El público puede sentirse desasistido del poeta en la misma medida en que el poeta se siente desasistido por el público). ¿Tenemos que esperar la soledad, la voz clamante en el desierto, como destino inevitable de los poetas futuros? Se me dirá que les queda siempre el recurso del canto cívico, pero yo pienso que una hora de televisión mueve a las masas mucho más que los mejores versos del mejor poeta.

La literatura y la sociedad se relacionan inevitablemente, vengo indicando; pero la rela-

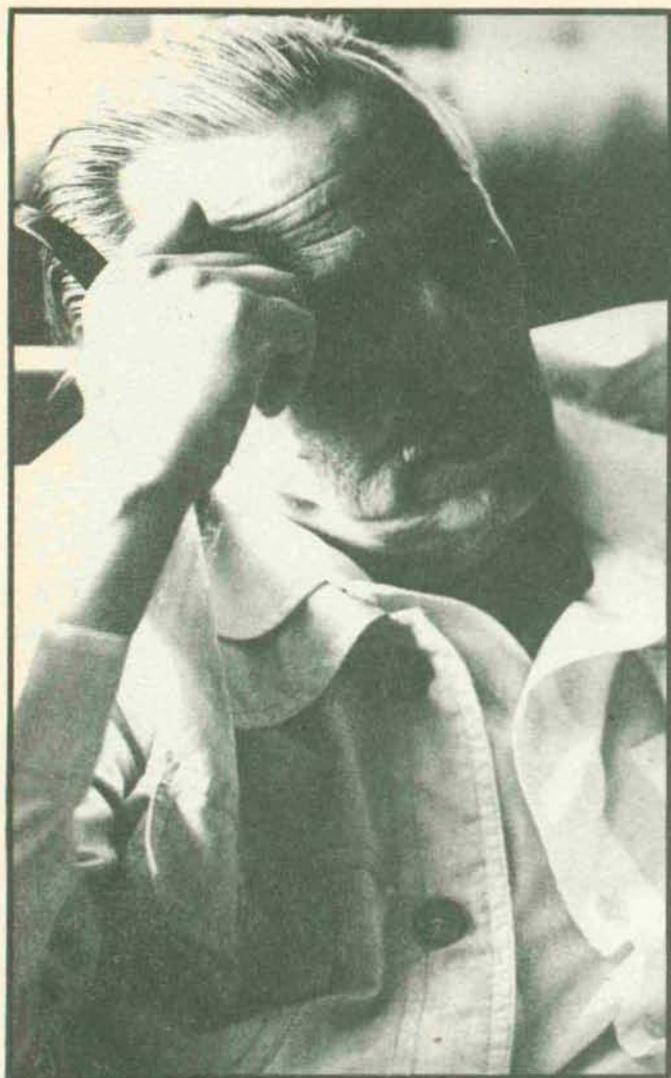


Camilo José Cela.

ción no es unívoca. Por lo pronto la literatura como tal, la poesía, no aparecen en cualquier momento, sino después de haberse alcanzado un grado mínimo de civilización. Parece que todas las sociedades del presente lo superan, pero a lo mejor se trata de un espejismo, de una mera suposición o de un eslogan político, y resulta que ese grado de civilización es una mera apariencia. Pero dejemos esta cuestión aparte. La literatura puede expresar a la sociedad en cuyo seno alguien la crea, o discurrir al margen de la sociedad misma; puede dar forma a sus sentimientos más profundos y puede también someterlos a crítica. Sería un poco largo, me parece, enumerar todos esos modos de relación, pero uno de ellos apunta a lo negativo, aunque no a lo inimaginable, sino todo lo contrario: porque es posible que la sociedad no necesite de la literatura, que la función que ésta

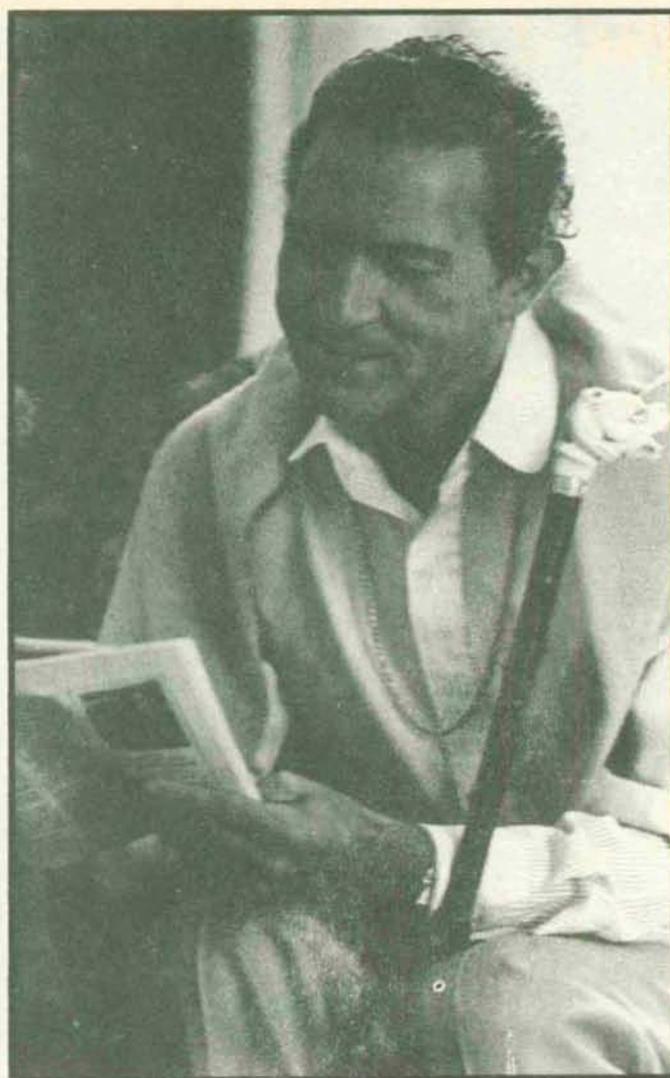
Miguel Delibes.





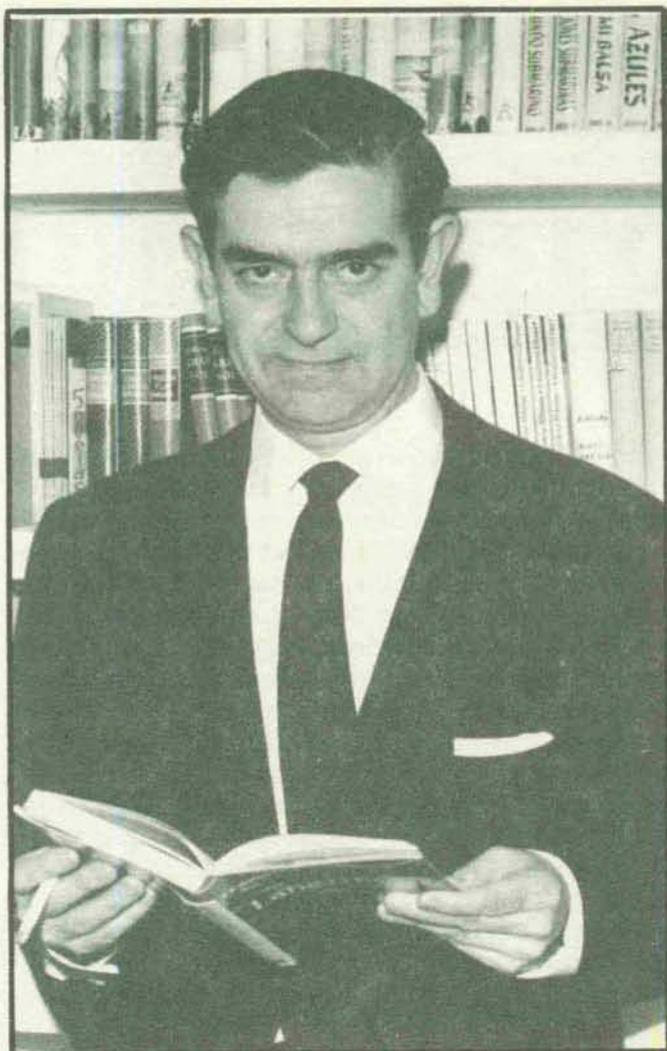
Antonio Buero Vallejo.

cumple se realice con otros instrumentos, pero existen aún ciertas sospechas de que el individuo, salvo si sobreviene una mutación que haga al hombre inmortal y feliz, no logrará prescindir de ella como el modo más a mano para mostrar su disconformidad con lo real, su aspiración a la dicha, su entusiasmo o su melancolía. Claro que, a lo mejor, esta civilización prodigiosa en que nos hallamos embarcados encuentra un sustituto de la palabra, lo cual no sería imposible en el caso de la mutación antes mentada, y entonces el individuo en cuestión se expresaría por medio de otra clase de signos, a cuyo resultado sería un poco inexacto denominar poesía, menos aún literatura. No se advierten, sin embargo, síntomas de que esta revolución vaya a acontecer inmediatamente, de manera que podemos profetizar, sin excesiva petulancia, que en tanto el hombre sea un animal que habla y, por otra parte, un ser menesteroso, nos queda garantizada la supervivencia de los modos verbales de maldición o queja, si bien es de temer que, en algunos casos, los que se expresan así gusten de someter sus palabras de amor o de protesta a alguno de los sistemas que todavía denominamos estéti-



Antonio Gala.

cos y que confieren a un mero conjunto de palabras significativas la categoría de obra de arte. Lo que ya no es tan seguro es que pueda hacerse siempre públicamente, menos aún libremente, y es lícito precaverse contra una sociedad perfecta en la que aparezcan asociaciones secretas, perseguidas hasta el exterminio por los poderes públicos, constituidas para garantizar la transmisión de poemas, o su lectura, en oscuras catacumbas, a reducidos grupos de iniciados. No cabe duda: sería un modo de heroísmo en un mundo que, según todos los barruntos, trata de hacerlo innecesario. Pero no es de temer que a la poesía le aguarde a la vuelta de la esquina —o del año— semejante destino: pues las cosas no marchan tan de prisa. Lo que sí probablemente, va a cambiar en un plazo no muy largo, en lo que ahora se llama a plazo medio, es el porvenir de la literatura narrativa, en el caso de que se desarrolle hasta popularizarse, hasta abarataarse, el uso del videotape. La facilidad con que se apodera de la imagen y de la palabra hacen pensar (o temer) que aparezca pronto un modo individual de usarlo, una técnica que permita prescindir del equipo y de su coste, lo cual traería



Ignacio Aldecoa (1925-1969).



Jesús Fernández Santos.

consigo una estética y un programa. Y cuando con el video un hombre aislado pueda contar las fantasías que se le ocurren, y cuando lo haga artísticamente, entonces quien narra con palabras puede tomar posiciones en la historia. ¿Para siempre? Esto es lo discutible. Hay una cuestión de supervivencias no resuelta, hay una cuestión de acceso a archivos y depósitos; pero lo que sí es cierto es que la palabra logró atravesar el tiempo y sus catástrofes y todavía nos es dado adquirir y escuchar las voces de hace cinco mil años. Pero aunque esa cuestión se resuelva, y sea la imagen barata y accesible, todavía subsiste un terreno firme en el que los hombres de la palabra puedan instalar sus pies, desde el cual, quizá, recobrar lo perdido: algo de naturaleza estética que se puede hacer con la palabra, sólo con la palabra, y que no admite sustitución ni equivalencia. Se pudo llevar al cine el sueño de Molly Bloom, pero no veo posible la filmación de «Finnegans Wake». Y aunque esto no implique la invitación a que todos nos metamos en ese callejón sin salida recorrido por Joyce el ejemplo nos sirve: quedan, aún, esferas de lo real en que una palabra vale por mil imágenes. ■ G.T.B.



Rafael Sánchez Ferlosio.